

**La educación
moral cívica y
política en
Aranguren: el
ecologismo como
vía alternativa**

Joan C. Rincón i
Verdera
*Universitat de les Illes
Balears*

Educació i Cultura
(2000), 13:
25-40

La educación moral cívica y política en Aranguren: el ecologismo como vía alternativa

Joan C. Rincón i Verdera

Universitat de les Illes Balears

Resumen

Una de nuestras mayores responsabilidades como ciudadanos es la conquista y el mantenimiento de la libertad. La libertad no nos la puede dar ningún régimen político porque antes que una actitud política es una actitud personal, es decir, una virtud ética, un objetivo moral. Es menester desplazar el centro de nuestras preocupaciones desde lo político a lo social, por un lado, y a lo personal, por el otro. La salvación de los pueblos, como la de los hombres, es antes personal y social que política. La educación moral, que es también educación cívica y política, es una parte de las grandes tareas por cumplir. Una verdadera educación moral, orientada hacia la responsabilidad personal y la corresponsabilidad social, debe atender necesariamente a este tipo de educación encaminada a la búsqueda de la democracia, no sólo la política o formal, sino y sobre todo, la moral. Esta importantísima labor educadora, sin embargo, ya no se puede dejar en manos, al menos de manera exclusiva, de las instituciones formalmente educadoras o de los partidos políticos, sino que es preciso abrirse a otras vías alternativas: los movimientos sociales de liberación, entre los que se encuentra el movimiento ecologista.

Política, civismo y educación

La educación moral arangureniana es la que tiene su desarrollo en el seno de una comunidad libre y democrática en la que el ciudadano responsable, como parte de su *êthos* unitario, trabaja constantemente por el bien común en su corresponsabilidad social.¹ Efectivamente, cualquiera que sea la vocación, el proyecto vivencial o la función que desempeña en la sociedad una persona, cualquiera, con independencia de la esfera en la que sea activo, puede y debe relacionarse a nivel práctico con la esfera política.² Por ello el

¹ Vivir en democracia nos ha de conducir, nos dice el profesor Colom, a la responsabilidad social y a profundizar en el verdadero humanismo como único contexto en el cual el hombre, al participar de lo que es humano y humanístico, puede desarrollarse íntegramente como persona: una persona independiente, crítica, proyectiva, capaz de tomar decisiones, de actuar, de responsabilizarse de sus acciones y, con ello, capaz de contribuir en la construcción de la sociedad y de los otros, en definitiva, ser un hombre corresponsable. COLOM, A.J., "Pròleg" en PASTOR, I. y SALVÀ, J., *Convivència i Educació. Propostes didàctiques*, Palma, Premsa Universitària, 1993, pp. 5 a 8.

² HELLER, A., "Ética ciudadana y virtudes cívicas" en HELLER, A. y FEHER, F. (Eds.), *Políticas de la postmodernidad*, Barcelona, Península, 1989, pp. 215 a 231.

razonamiento moral debe extenderse a las razones que son de todos y relacionar la competencia cívica con la configuración de una ética pública y ciudadana a través de la cual formar la capacidad de juicio de los ciudadanos. Ello comporta, no cabe duda, configurar la práctica de ciertos hábitos sociales o virtudes cívicas. La única garantía de una democracia estriba en el desarrollo de un *êthos* democrático extendido y generalizado. Sin las virtudes democráticas de los ciudadanos no puede existir democracia. El hecho democrático se produce y reproduce a través del ejercicio práctico de los derechos democráticos. Por lo tanto, antes que la comprensión de la democracia como forma política de gobierno, se da una estrecha conexión entre la configuración de un sólido *êthos* democrático y la encarnación de la democracia misma en la vida social. Se trata de formar educativamente un *êthos* solidario para una democracia como moral en un Estado de justicia social.³ Aquí vemos, una vez más, que la comunicación política, como el resto de tipos de comunicación, descansa, que duda cabe, en la comunicación pedagógica, en este caso, sobre la educación cívica y política.

Si antes hablábamos de las virtudes, también debemos hacer clara referencia a los vicios sociales. El vicio de la pasividad está muy extendido en nuestras democracias occidentales de carácter representativo. Una adecuada educación moral debe ayudar a la formación de una personalidad moral responsable y participatoria. El subsistema político de los países verdaderamente democráticos no puede ser cerrado, sino claramente abierto al fomento de la educación cívica y política que reclama nuestro tiempo. Una educación que haga de los hombres verdaderos ciudadanos actitudinalmente comprometidos en hacer un mundo mejor y por lo tanto, moral y justo. Sin embargo, nos dice Aranguren, lo característico de la democracia contemporánea es que el ciudadano, en cuanto tal, no forma parte del subsistema político sino del entorno. Políticamente interpreta sólo uno de los roles del hombre, el más efímero y fugaz, el menos importante de cuantos puede representar, el de elector o votante, a través del cual se incorpora al subsistema. Esto quiere decir que sólo una mínima parte de él, y sólo durante un muy breve período de tiempo, se integra el ciudadano en el subsistema político. La complejidad de éste que, además, no es ya meramente político, sino interdependiente de los otros y, en particular, del económico (política económica) y la complejidad de los roles humanos, han exigido una diferenciación funcional del rol político a cargo de los tecnólogos de la política. La gestión política cotidiana queda a cargo de una élite técnica que actúa sujeta a las reglas de la administración, de la tecnología y de la estrategia política. De este modo el subsistema político mantiene en absoluta pasividad a los ciudadanos gobernados, salvo en el momento de las elecciones.

En una democracia formal como la descrita, la educación cívica y política que deberían ofrecer los partidos políticos queda seriamente alterada y adulterada. Efectivamente, el rol de los partidos políticos integrados en el engranaje del sistema formal de democracia, consiste, cada vez más, en servir de instrumento de asimilación o ajustamiento. La función de los partidos políticos parece ser cada vez más, en suma, de modo parecido al de los grupos de interés, la de, mediante la satisfacción negociada de éste, servir al ajustamiento. La despolitización o desideologización no es más que el resultado de la combinación de profesionalización tecnológica-tecnocrática de la función política y de la moral del bienestar como consumismo.⁴ Durante el momento democrático

³ CORTINA, A., "Democracia como forma de vida" en *Ética sin moral*, Madrid, Tecnos, 1990, pp. 254 a 273.

⁴ *Bajo el signo de la juventud*, Madrid, Salvat, 1982, pp. 78 y 79.

se trata, por lo tanto, más que de formar políticamente al ciudadano, de una simple maniobra de captación de votos de una inmensa mayoría que carece de criterio político y que, por lo mismo, votará por motivos extrapolíticos o, en el mejor de los casos, coyunturalmente. La decisión política del elector, sin una adecuada formación, depositando su voto es, en realidad, un momento de pseudo actividad. La manipulación, la venta del candidato, su lanzamiento mediante la publicidad, igual que un bien de consumo, el cambio de imagen al modo como se hace una nueva presentación, en nuevo envase, del producto que se vendía mal, la persuasión, la fabricación de un prestigio y, mejor, si este prestigio viene acompañado de carisma, son fenómenos usuales.

La plena democratización política no puede satisfacerse con la fórmula de las democracias representativas, sino que demanda la participación directa de los ciudadanos en todo aquello cuya delegación no sea inevitable.⁵ Los delegados deben mantenerse continuamente en contacto directo con aquéllos a quienes representan, convalidando siempre así sus poderes con la democráticamente renovada ratificación de los mismos. Sin embargo, lo usual es justamente lo contrario, es decir, un origen democrático que se legisla en régimen de parlamentarismo y se gobierna en régimen de presidencialismo. La democracia como moral es lucha por la democratización interna del Gobierno, de las Cortes y también, no menos, de los partidos políticos.⁶ Éstos portan en sí la tendencia ínsita a una burocratización concentradora del poder en el aparato que, cerrándose progresivamente sobre sí mismo y haciendo uso de la pseudo renovación de cargos por votación colectiva, se vuelve de espaldas a la base para funcionar, de hecho, oligárquicamente. Los partidos de masas, en nombre de la eficacia, han hecho prevalecer, sobre la democratización, el espíritu de disciplina y de organización. La amenazadora tendencia actual de los partidos es la de reducir el número de sus militantes a los cuadros indispensables, pues la base es siempre incómoda para la oligarquía, y a sustituir los antiguos miembros del partido por sus simples votantes.⁷

De ahí surge la necesidad de una, alternativa y complementaria, militarización activa en los movimientos sociales, como veremos a continuación. La generación actual, nos dice Aranguren, no es política, se ha despolitizado o la han despolitizado; la gente en general y la juventud en particular aspiran a vivir tranquilos. El pluralismo y el inconformismo son un elemento de dinamismo social de todo punto necesario y, en este sentido, el individualismo y la defensa de la privacidad y la marginalidad están plenamente justificados. Sin embargo, la democracia auténtica, progresiva y viva, resulta de una dialéctica de socialización e individualismo, de marginalidad e inconformismo. La unilateralidad y la cerrazón no ayudan a conseguir una verdadera democracia. Los partidos conservadores de Europa son los favorecidos por este escepticismo político y esta primacía de la vida privada. La democracia es gobierno por el pueblo y cada cual tiene que tomar sobre sí, en la parte que le corresponda, la tarea de gobierno. El verdadero demócrata, nos dice Aranguren, es el que no delega porque está en movilización política permanente. Para un auténtico ciudadano la opción política es una elección moral, es una tarea ética que precisa de una adecuada educación.⁸

⁵ Véase también, ARENDT, H., *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 1988; y *La condición humana*, Barcelona, Seix Barral, 1974.

⁶ *Bajo el signo de la...*, op. cit., pp. 78 y 79.

⁷ “Ética comunicativa y democracia” en APEL, K.O., CORTINA, A., DE ZAN, J. y MICHELINI, D. (Edits.), *Ética comunicativa y democracia*, Barcelona, crítica, 1991, p. 211.

⁸ “La juventud y la política” en *La juventud europea y otros ensayos*, Seix barral, 1961.

Democracia es gobierno real por el pueblo. Una democracia meramente formal no es todavía una democracia, aun cuando lo parezca, si no ha establecido, como punto de partida, una igualdad de oportunidades para todos los que, de verdad, quieran aprovecharlas y, paralelamente, una democratización real de la enseñanza y un sentimiento de lo público como cosa de todos. Una concepción plenamente moral, democrática, entendida ésta como el camino que nunca se acaba de recorrer, pero que siempre hemos de recorrer hacia adelante. Concepción utópica que en ningún momento significa pasividad, sino todo lo contrario, actividad y lucha. Junto a la organización representativa (parlamentarismo como representación), es preciso buscar otros canales de participación (democracia directa). El concepto mismo de partido político debe ser revisado y agilizado porque responde a una democracia decimonónica, no participatoria, que tiende a sustantivarse, y que deja de representar a aquellos que debiera, al pueblo. Este revisionismo regenerativo lo entiende Aranguren a partir de los partidos políticos, sin que en ningún momento indique su supresión.

El profesor Aranguren, por lo tanto, propugna una democracia social y no solamente política, una democracia participatoria y no meramente representativa para que el pueblo participe a todos los niveles en el quehacer público. Los partidos políticos y las instituciones políticas, nos dice Aranguren, deberían ser un cauce adecuado para una verdadera educación cívico-política para la democracia. Ahora bien, los partidos políticos han entrado en una cierta crisis y a través de ellos no se pueden hacer todas las cosas que uno desearía. No es que los partidos estén de más, sino que no dan respuestas suficientes o, mejor dicho, no ofrecen canales suficientes para encauzar nuestra pretensión educadora y estimuladora de la participación verdaderamente democrática: *“La actitud política genuinamente moral tiene que ser, a la vez, vigilante y entusiasta, des-encantada y presta al re-encantamiento, crítica y esperanzada, des-mitificadora y creyente, escéptica y utópica. La genuina actitud política, como moral que es, ha de mantenerse en su firme compromiso, por encima de la “politización” (que es cosa de los políticos profesionales)”*.⁹ Con ello nos hemos introducido en el tema actitudinal, en el de la actitud política y la actitud ética, actitudes que no tienen por que ser incompatibles, aunque sí diferentes.¹⁰

Es un imperativo el de la conjunción de la ética y la política, el del mantenimiento de su inestable equilibrio y el de la corrección de la unidimensionalidad eticista por la unidimensionalidad politicista y, lógicamente, también al revés. La actitud ética se desenvuelve en el plano del *deber ser*, deber ser que se predica, oportuna e inoportunamente, para criticar, desde él, lo criticable y lo que no es prudente criticar. La actitud política, sin embargo, como hemos visto, es una actitud responsable, mundanamente prudente, encaminada a la previsión de las consecuencias, con gran sentido de la realidad, de la posibilidad y de la oportunidad. El equilibrio entre una y otra actitud se dificulta y rompe cuando una u otra se absolutizan. Una correcta educación cívica y política debería encaminarse a la búsqueda de este equilibrio, a la formación de una personalidad crítica y socialmente responsable, atenta a los problemas sociales, que no critica por criticar, sino que lo hace con la finalidad de crear y establecer un orden social más justo y moral.¹¹ Ahora bien, el equilibrio ético-político se debería, de alguna manera,

⁹ *La comunicación humana*, Madrid, Guadarrama, 1965, p. 131.

¹⁰ “Ética comunicativa y democracia” en *APEL, K.O., CORTINA, A., DE ZAN, J. y MICHELINI, D. (Edits.), Ética comunicativa y...*, op. cit., p. 214.

¹¹ *Ibidem*, p. 218. Véase también el trabajo de PRATTE, R., *The civic imperative. Examining the need for civic education*, Nueva York, Teachers College Press, 1988.

institucionalizar. Su punto intermedio sería el Derecho. La regulación de la acción política por parte del Estado de derecho, tiende un puente, establece una mediación entre la ética y la política. No cabe la menor duda que la legalidad, en sí misma, no es la moralidad, sin embargo, acerca ambas instancias, la ética y la política. Los derechos humanos fundamentales,¹² los valores de libertad, solidaridad e igualdad, la defensa de la paz y la no violencia, la conservación del planeta, y una verdadera actitud moral comunicativa y de compromiso responsable, serían para el profesor Aranguren los mínimos morales propios de una sociedad civil convivencial y que deberían ser los contenidos básicos de la educación moral en su vertiente cívico-política.

Todo ello nos conduce, indudablemente, hacia una deseable ética civil¹³ que venga a cumplimentar el vacío dejado, en la actual sociedad, de creciente pluralismo ético, por la antigua institucionalización religiosa de la moral. Como nos dice Cortina en *La ética de la sociedad civil*, la convivencia es posible siempre que las personas compartan unos mínimos morales, entre los que cuenta la convicción de que se deben respetar los ideales de vida de los conciudadanos, por muy diferentes que sean de los propios, con tal de que tales ideales se atengan a los mínimos compartidos. La convivencia pacífica es perfectamente posible, e incluso fecunda, siempre que se comparta la convicción de que todos los seres humanos merecen igual respeto y consideración y que están perfectamente legitimados para desarrollar sus planes de vida. En este sentido existe, nos dice el profesor Aranguren, una correspondencia entre la moral cívica en el plano de la sociedad civil y la democracia como moral en el plano de la sociedad política.¹⁴ Efectivamente, al fragmentarse el viejo código moral unitario en una, cada vez mayor, pluralidad de códigos, se siente la necesidad de arbitrar un ámbito, sigue diciéndonos, de convivencia moral válido para todos por la vía, no de la simple tolerancia, sino por el aprecio positivo del punto de vista del otro y en tanto que consenso o acuerdo, dotado, en sí mismo, de valor moral positivo. Los problemas morales actuales que afectan a nuestra sociedad son de índole tan compleja que requieren de una participación directa y activa de la ciudadanía en organismos independientes, críticos, solidarizados y comprometidos con la sociedad en la consecución de un mundo mejor y más justo. La educación moral cívica y política que nos propone Aranguren es eminentemente práctica, comprometida, abierta y responsable. Porque, efectivamente, como nos dice la profesora Camps,¹⁵ la ética no debe reducirse a la enseñanza de una asignatura. Éstas son un esfuerzo, bueno y necesario, pero no la única forma de enseñar ética.

Los valores morales se transmiten, sobre todo, a través de la práctica, a través del ejemplo, de situaciones que están reclamando la presencia de valores alternativos. Los centros educativos, son un microcosmos de los conflictos presentes en toda la sociedad en los que se puede y se debe hacer una labor intensa. El primer paso que hay que dar es tomar conciencia de los conflictos producidos por situaciones vergonzantes y poco satisfactorias y enfrentarse a ellos con respuestas colectivas y consensuadas. No dejar que todos los problemas sean resueltos por otros, sino entender que el conflicto ético tiene

¹² Véase el excelente trabajo de SÁNCHEZ, R. y JIMENA, L., *La enseñanza de los Derechos Humanos*, Barcelona, Ariel, 1995.

¹³ Ver el interesante trabajo de VIDAL, M., *Ética civil y sociedad democrática*, Bilbao, 1984. También ver CORTINA, A., *Ética aplicada y democracia radical*, Madrid, Tecnos, 1993.

¹⁴ "La situación de los valores morales hoy" en *Propuestas morales*, Madrid, Tecnos, 1983, pp. 133 y 134.

¹⁵ CAMPS, V., *Los valores de la educación*, Madrid, Anaya, 1994, pp. 20 a 22.

siempre una dimensión que depende de las actitudes, mentalidades y comportamientos individuales. La educación en unos valores éticos es tarea de todos los que actúan, de un modo u otro, sobre los ciudadanos. Hoy empezamos a entender que la sociedad somos todos y que de todos es la responsabilidad de mejorarla, mejorando los comportamientos de sus miembros. Los ciudadanos morales constituyen la pieza clave para la construcción de la democracia como moral, de una verdadera democracia participatoria. La persona moral, el intelectual crítico comprometido con el Estado de justicia es el verdadero protagonista impulsor de la democracia.

Precisamente por ello entiende Aranguren que una adecuada educación cívico-política práctica, crítica, responsable y comprometida se ubica mejor en los movimientos que luchan por la justicia social: “[...] *Hablé anteriormente del intelectual como líder nato de los movimientos “antipartido”, antiinstitucionalización, anticorporatista, alternativos. El hombre intelectual es parcial; el político, también. Una vía de corrección de la tendencia a la sobreinstitucionalización es la complementariedad de los partidos políticos por lo movimientos alternativos, los cuales, por su parte, de ninguna manera, pueden desempeñar por entero, y revelándoles, la función de aquéllos*”.¹⁶ Los participantes en estos movimientos sociales, nos dice el profesor Aranguren, se nos aparecen como más intelectuales, en el sentido crítico que nuestro autor da a esta palabra, más morales, laxos, flexibles, libres de ataduras disciplinarias que los viejos militantes de los partidos políticos. La base intelectual de los movimientos sociales, democratizada, se da a sí misma su propio liderazgo colectivo y los pocos intelectuales que, en auténtico ejercicio de tales, van quedando, participan, simplemente, en ellos: “*La democracia, en tanto que realizable, es tarea que incumbe, a la vez, a los políticos, a sus críticos morales y a quienes, teniendo voto, no tienen aún voz, formación cívica, auténtica participación*”.¹⁷

Se trata del civismo y de la educación cívica y política, como imperativo socio-moral que pide la construcción de una nueva cultura democrática en consonancia con las condiciones objetivas bajo las que vivimos, así como con nuestros ideales morales superiores, con nuestra idea del bien moral. Su creación no sólo reclama una formal educación cívica, es decir, el conocimiento del funcionamiento y organización de las instituciones y el ejercicio fáctico del derecho al voto, sino y sobre todo, una transformación del carácter moral y de las actitudes que habilite al ciudadano para juzgar las realidades donde vive y evaluar o juzgar la política desde un particular talante moral. Todo ello exige, por una parte, la transformación del carácter mediante el ejercicio habitual de virtudes públicas como la tolerancia bien entendida, la corresponsabilidad solidaria, la valentía y fortaleza cívica, la justicia social comprometida, la disposición a la comunicación racional y el saber práctico o prudencial; y por otra, adentrarse en la configuración de una ética pública y ciudadana convencida de que la democracia es, sobre todo, una forma de vida y no sólo una forma de gobierno (democracia como moral). Este concepto, no cabe la menor duda, tiene claras implicaciones educativas encaminadas a la igualdad de oportunidades reales y a una educación crítica, reflexiva y creativa en el ámbito público y social.

La democracia como forma de vida, la democracia como moral, el Estado de justicia social, la personalidad moral solidaria, implica la consolidación de una educación

¹⁶ *Ética de la felicidad y otros lenguajes*, Madrid, Tecnos, 1988, p. 132.

¹⁷ “Ética comunicativa y democracia” en APEL, K.O., CORTINA, A., DE ZAN, J. y MICHELINI, D. (Edits.), *Ética comunicativa y...*, op. cit., pp. 216 y 217. La cita está tomada de la p. 217.

cívica que habilite a los ciudadanos morales para la participación social creativa y dinámica. Es preciso desarrollar actitudes cívicas, fomentar las instituciones participativas y una democratización real de todo lo cultural. Así pues, de todo lo dicho hasta ahora, la democracia como forma de vida, la democracia como moral, a nivel educativo, tal y como la entiende Aranguren, implicará:¹⁸

Preparar a los educandos para la acción y la participación comprometida en un Estado de derecho y de justicia social. Una acción verdadera que permita la participación en la construcción cultural y moral de la sociedad y el sostenimiento de la propia democracia política, cultural y moral. La educación, consecuentemente, deberá saber transmitir a los educandos los conocimientos, actitudes y valores esenciales que les capaciten para actuar como ciudadanos competentes, libres y moralmente formados. Así pues, formar el carácter democrático en la educación de hábitos, actitudes y virtudes que se practiquen y refuercen la manera de vivir una vida moral plena y comunitaria.¹⁹

Fomentar una ética pública, una actitud política y moral comprometida en el bien de todos y en la construcción de una sociedad buena y más justa. Ello nos conducirá a la superación de una concepción de la vida democrática individualista en aras de una visión comunitaria y moral, basada en la convivencia pacífica, la tolerancia, el diálogo, la responsabilidad, la corresponsabilidad, la cooperación y la solidaridad social.²⁰

Por otra parte sería un error, nos dice Aranguren, pensar que el medio único de educación es el que los países civilizados se han dado a sí mismos como formalmente tal, la escuela, desde el grado primario a los superiores o universitarios. Educar ha sido y seguirá siendo una actividad compartida. No sólo educa la escuela que, por otro lado, en cuestiones de tipo moral y cívico-político no llega a un claro consenso educacional sobre los objetivos y los contenidos a desarrollar. Por ejemplo, sigue diciéndonos Aranguren, en las sociedades primitivas no existe siquiera este cauce formal o académico y en las modernas y postmodernas subsisten, junto a él, los medios informales de educación que son, fundamentalmente, la familia, la Iglesia, la sociedad y la vida social y política, desde la experiencia educacional que ella proporciona hasta la que se recibe en el ordenamiento laboral y en el burocrático por las necesidades de ordenación que impone la vida contemporánea y, en especial, la vida urbana. Hoy, junto a la familia, la Iglesia y la sociedad, los partidos políticos y las instituciones políticas, también hay que contar con los medios de comunicación de masas que han pasado a ostentar el monopolio educacional, y los movimientos sociales de liberación que serán la base sobre la que poder repolitizar y remoralizar la juventud.²¹

Movimientos sociales: ecologismo

El siglo XVIII fue el siglo del *iusnaturalismo* o de la reforma progresiva y racionalista de los principios de la sociedad del momento. Su final, el siglo XIX y la mayor

¹⁸ *Ibidem*; y *Ética y Política*, Madrid, Guadarrama, 1963.

¹⁹ Ver también GUTMAN, A., *Democratic education*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1986.

²⁰ Véase, al respecto, BELLAH, R. y Otros, *Hábitos del corazón*, Madrid, Alianza, 1989.

²¹ *La comunicación humana*, op. cit., p. 159.

parte del siglo XX, ha sido la época de las ideologías, de la esperanza mesiánica en la revolución política, económica y cultural, en definitiva, revolución moral. Nuestra época postmoderna lo es del auge de los movimientos de liberación, movimientos en los que no se milita como en los partidos políticos, sino a los que, simplemente, la gente se incorpora. Movimiento por la paz y el desarme, movimiento ecologista, movimiento feminista. Época ya no de Revolución, con mayúscula, pero sí de remoralización, de recuperación de la actitud moral y de confianza, frente a la violencia y la agresión, en el lenguaje y la razón para la resolución de los conflictos a través de la comprensión del punto de vista del otro, en el diálogo, y del establecimiento de una sociedad de auténtica comunicación moral y no simplemente material. El problema con el que debe enfrentarse la juventud es el de la erotización de su existencia o bien su politización. Pues bien, Aranguren atribuye un valor moral y eminentemente educacional a los movimientos sociales. Entiende que son éstos los que pueden devolverle al hombre su afán de moralización y participación activa en la vida social y política, mucho más que los partidos políticos: “[...] es preciso buscar otros canales de participación. Además de los partidos, los sindicatos, las asociaciones profesionales y vecinales, el poder periodístico, el universitario, etc. [...] El papel del intelectual como crítico de la sociedad es fundamental”.²²

En una época en la que se unen muy estrechamente el ecologismo, el pacifismo y el feminismo, es cuando de nuevo hay una floración de un clima, siempre en el plano teórico, de ética de la paz. No es ninguna casualidad que ecologismo y pacifismo se den unidos en nuestra época, porque responden a una visión de la realidad; no solamente a una visión, sino también a un modo de vivir la realidad que significa una especie de parentesco con la Ilustración en cuanto a esta voluntad de tener paz, de reflexionar sobre la paz. Los jóvenes se sienten más atraídos por los movimientos que por los partidos políticos. Es característico de nuestra época el surgimiento de este modo de democracia participativa que no es alternativo de la democracia partidista, sino complementario de ella. Efectivamente, la importancia de estos movimientos es vital para la historia de la moral vivida en el mundo occidental. Aranguren entiende que a través de las actuaciones de estos movimientos se podrá, quizás, ejercitar una presión sobre los respectivos gobiernos, para que éstos procuren a su vez poner dificultades y trabas ante el intento de ser manejados como marionetas por el país directivo de uno u otro de los dos grandes bloques. Estos movimientos no constituyen una alternativa a los partidos políticos, pero sí una complementación necesaria. La rigidez corporativista de los partidos políticos y la enorme distancia entre los líderes y las bases hace que la ciudadanía busque nuevas soluciones participativas. La base intelectual democratizada de los movimientos consigue su propio liderazgo colectivo y los pocos intelectuales que, en auténtico ejercicio de tales, van quedando, participan, simplemente, en tales movimientos.

La resistencia activa y militante es algo que hay que predicar en nuestra época; esta resistencia se canaliza a través de las vías que nos proporcionan los movimientos sociales de liberación, muy particularmente por medio de los movimientos por la paz, el desarme, los derechos humanos, el respeto a la dignidad humana y, no menos, el respeto por el entorno, la conservación del planeta, etc. El impulso ético, el derecho natural y el derecho internacional, aun siendo importantísimos y necesarios, son insuficientes para alcanzar la paz, tiene que ser desde abajo y desde dentro, desde donde debemos luchar para impedir, en la medida de nuestras fuerzas, que esa tercera y, probablemente, última guerra mundial

²² *Ética de la felicidad y...*, op. cit., pp. 91 y 92.

vaya a tener lugar. La función de los hombres pacíficos, es la de adherirse a los movimientos y movilizarse para conseguir la paz, la igualdad entre los hombres sin ningún tipo de discriminaciones, el respeto al entorno y, con ello, ejercitar una presión sobre los gobiernos, teniendo plena conciencia de que éstos lo son vicariamente, que no son más que los gobernantes de unos países satélites de los países verdaderamente poderosos. Por ello, si queremos ayudar a humanizar el mundo y cambiar el futuro, lo hemos de hacer desde una *moral de los débiles* y no desde una moral de los fuertes. La moral de los débiles, desde un punto de vista eminentemente práctico-pragmático, debe ser moral de *prudencia mundana* y *moral de egoísmo racional*. Lo que, en función de dicha moral, se debe hacer es dificultar, estorbar, resistir, protestar, en definitiva, todo aquello que significa luchar en la medida de las fuerzas de una persona o de una colectividad.

Los problemas ecológicos que rodean al hombre postmoderno son, eminentemente morales y, por ello, cuestión que interesa de forma inmediata a la educación. El ecologismo, nueva ideología de la postmodernidad, constituye un valor en sí mismo, se erige en un estilo de vida, en una ideología global capaz de actuar e incidir en cualquier ámbito de la realidad social y natural. La educación, nos dice Aranguren, debe plantearse seriamente todas las cuestiones que se derivan de la postura ecológica y darles una salida correcta, pues, de la educación, de una nueva concepción de la educación preocupada por desarrollar en el hombre una especial sensibilidad ecológica y, con ello, crear nuevas actitudes hacia el entorno, depende, en gran parte, el futuro de la humanidad.²³ La escuela, aun siendo hija de la modernidad, es un espacio adecuado para plantear el tema de los problemas ecológicos, de la relación entre el sujeto transformador (hombre) y el objeto transformado (naturaleza).

El ecologismo, tan de moda en la actualidad, debe imagen y contenidos, al menos en parte, a las corrientes contraculturales de los años sesenta. Ciertamente, el retorno a la naturaleza implicaba la huida del sistema, la adopción de una antipostura de activa disconformidad con el sistema. Será la herencia de todos aquellos movimientos contraculturales la que hará fracasar la idea de marginación.²⁴ En la década de los setenta y, sobre todo, en la de los ochenta y los noventa, surgen las tribus y los movimientos urbanos, dándose un claro retorno a la cotidianidad de la vida en la ciudad. A partir de este momento, desde lo urbano y lo cotidiano, se posibilitarán, casi residualmente, las pocas formas de resistencia que perduraron y que cumplimentaron el papel de ser las únicas plataformas de oposición y reivindicación de los viejos luchadores juveniles, alejados, dentro de lo posible, del individualista consumismo.

En el tema ecológico, en la relación, siempre difícil e inestable, entre el organismo humano y su entorno, deben distinguirse, sin separarse porque es imposible, nos dice Aranguren, tres problemas:²⁵ primero, el de la *explosión de la población*; segundo, el de la *explotación*, hasta su expoliación y agotamiento, *de los recursos o primeras materias de la naturaleza*; y, tercero, el de la *polución y contaminación de nuestro entorno*, aire, agua, tierra. Los problemas interconexos de la explotación exhaustiva y de la destrucción del equilibrio ecológicos, como efecto inmediato o lateral de la tecnología, son, nos dice Aranguren, de la responsabilidad exclusiva de los Estados Unidos, de Europa Occidental y del Japón. El problema del exceso de población, aun cuando alcanza a la tierra entera,

²³ *La cruz de la monarquía española*, Madrid, Taurus, 1974, p. 113.

²⁴ *Sobre imagen, identidad y heterodoxia*, Madrid, Taurus, 1982, pp. 173 y 174.

²⁵ *Moralidades de hoy y de mañana*, Madrid, taurus, 1973, pp. 45 y 46.

parece referirse mucho más urgentemente a las áreas subdesarrolladas del planeta, en las cuales el aumento de la población es mucho mayor. La máxima y más incuestionable amenaza de destrucción ecológica es la que representan, con sus bombas, los Estados Unidos, Rusia y los países que, siguiendo su ejemplo, fabrican armas nucleares. Es preciso extender el problema ecológico al mundo entero, sin embargo, también es preciso fraccionarlo.²⁶ La primera solución a la cuestión ecológica es una protesta moral; la *aspiración revolucionaria sin base de clase*, aglutinada, sobre todo, por la edad juvenil, una nueva sensibilidad y la voluntad de revolución cultural son acciones importantes aunque, por sí solas, insuficientes. Estos inconformismos pueden y deben constituir el punto de partida para una profunda educación de la opinión pública, estructurable después políticamente.

Aranguren, sin embargo, nos pone en sobre aviso sobre una posible utilización ideológica y manipuladora de la cuestión ecológica por parte del poder establecido. Se ha generalizado, nos dice nuestro autor, una preocupación ecológica que, por paradójico que a primera vista parezca, a los países tecnológicamente desarrollados, y en especial a los Estados Unidos, les interesa cultivar y fomentar porque, con independencia de lo que pueda haber de genuino en la nueva conciencia ecológica de los grandes empresarios, el *establishment* americano tiene que pensar en la reconversión de su producción, encaminada a la destrucción ecológica, en otro objetivo, el de la defensa ecológica. Se da una curiosa convergencia de la preocupación ecológica y del interés tecnológico por una neotecnología limpia, pura y purificadora. El complejo político-industrial de los Estados Unidos, y tras él, el de todos los países desarrollados, se prepara, preparando a la opinión despolitizada, ecológicamente unida por encima de las discrepancias políticas, para el desarrollo tecnológico-monopolista de una producción no contaminante, de la preservación del ambiente, del reciclaje de los productos recuperables, etc. Tecnología o neotecnología para la ecología²⁷ es el próximo objetivo de lo que podemos empezar a llamar sociedad neotecnológica o sociedad tecnológico-ecológica, nos dice Aranguren.²⁸

Hoy, el cariz que están tomando las cosas en el mundo no es muy alentador. La población mundial aumenta enormemente y los recursos y fuentes de energía parecen revelarse, contra lo que hasta hace poco era el presupuesto general, como no inagotables. El viejo concepto de infinitud se conservaba, a efectos pragmáticos, como inagotabilidad de las materias primas, cuando menos hasta que las conocidas y explotadas fuesen sustituidas por otras, tecnológicamente superiores. Hoy ya ni siquiera en tal infinitud se cree. El ecologismo, por su parte, hace patente la voluntad de relativo despojamiento del revestimiento tecnológico, y de vuelta o regreso al contacto con la naturaleza y al respeto a ésta como nuestro entorno natural.²⁹ La crisis del petróleo se convierte en la fecha clave para la concienciación del problema de la limitación de los recursos naturales: “[...] *la ecología que [empieza a ser] fundamentada en una filosofía y en una teología, lucha para que no se des-entienda a la Naturaleza, reduciéndola a un aparentemente inmenso **reservoir** de materias primas que sirvan a su explotación por el hombre; y para que,*

²⁶ *Ibidem*, pp. 47 y 48.

²⁷ *Conversaciones con Aranguren*, Madrid, Paulinas 1976, pp. 320 a 327.

²⁸ Se trata de la conciencia conservacionista o ambientalista que surgirá de los propios estados y que Aranguren entiende que puede ser una estrategia más para el desarrollo monopolista de los países más industrializados. *Moralidades de hoy y...*, op. cit., pp. 49 y 50; y *Conversaciones con...*, op. cit., pp. 220 a 223.

²⁹ *Moral de la vida cotidiana, personal y religiosa*, Madrid, Tecnos, 1987, pp. 21 y 22.

cuando menos, se la respete y no se la trate como simple medio, al servicio de la humana tecnología. No, ella, lejos de ser un simple medio, nos envuelve, nos arroja y, sustentándonos de ella, le debemos, cuando menos, respeto”.³⁰ La creencia y la fe en el crecimiento indefinido, nos dice Aranguren, se ha puesto en entredicho, obras como *The Limits to Growth*, *Global 2.000 Report* o *Informe Mundial 2.000*, así lo confirman.³¹ La crisis del petróleo ha servido como advertencia de un amenazador desabastecimiento económico, que paralizaría o frenaría duramente la producción.

El papel y la importancia del ecologismo no será significativo hasta bien entrado el presente siglo. Muy posiblemente el mayor elemento desencadenante vendrá de la mano de la Escuela de Chicago,³² que iniciará, en estrecha relación con la sociología, el estudio de lo que en un principio se denominó *ecología cultural* y más tarde *ecología humana*,³³ centrada, básicamente, en el análisis de las consecuencias o repercusiones que la acción del hombre producían sobre el medio natural. Con ello se dio la posibilidad de que un planteamiento científico (la ecología), propio de medios universitarios y especializados, se fuese expandiendo a escala popular (el ecologismo), dándose una toma de conciencia colectiva de la gravedad de los impactos que el hombre iba causando sobre la naturaleza. De aquí se desprendió la idea de la limitación de los recursos naturales y surgió la necesidad de defender la naturaleza de los embates a la que la sometía el propio hombre, abogando por la necesaria racionalización de sus recursos. Ahora bien, Aranguren nos dice que, más allá de las palabras ecología y ecologismo, en el sentido usual, la función educadora de éstas debe pasar, necesariamente, por la concienciación de que se debe situar la tierra en el entorno o sistema del universo, considerándola, según se ha dicho, como la nave espacial terrestre, de la que todos somos sus pasajeros. En la situación actual, paralelamente a como en el siglo XIX lo fue la conciencia de clase, es decisiva la concienciación mundial, la toma de conciencia de que la humanidad constituye un sistema.³⁴

Sin embargo, nos advierte Aranguren con prudencia práctica, que, especialmente en sociología y ciencia política, quienes han pensado conforme a la categoría de sistema, han sentido la tentación conservadora de la estabilización a toda costa, lo cual no deja de ser un inmenso error ya que puede ocurrir que la *mutación* y la *revolución* sean necesarias, en determinadas condiciones, para salvar el equilibrio homeostático. También el desarrollo de los países más avanzados tecnológicamente, gracias a la diseminación de una concepción de la vida que dé la prioridad a otros valores y que haga posible el crecimiento suficiente de las zonas menos desarrolladas, es posible y necesario. No se trata de renunciar al desarrollo material de los países avanzados, sino de hacerlo pero no a expensas de otros países o con peligro para el equilibrio mundial. El objetivo es una *homeóstasis global*, dentro de un estado siempre cambiante, hacia una meta siempre inalcanzada totalmente, cuyo progresivo, aunque parcial logro, no defraude el esfuerzo humano. El ecologismo propone introducir límites al crecimiento extendiendo el uso de tecnologías suaves o blandas (no se trata de una propuesta antiprogresista ni entrópica), que sean capaces de ralentizar la producción, controlen el consumo y posibiliten el aumento de los puestos de trabajo.

³⁰ “La sociedad ante la ancianidad” en *La vejez como autorrealización personal y social*, Madrid, INSS, 1992, p. 65.

³¹ Ver *la cultura española y la cultura establecida*, Madrid, Taurus, 1975, pp. 212 a 214

³² Véanse autores como Ward, James, Dewey, Peirce, Burke, Mead, Duncan, etc.

³³ Ver HAWLEY, *Ecología humana*, Madrid, Taurus, 1966.

³⁴ Ver al respecto DUBOS, R. y WARD, B., *Una sola tierra. El cuidado y conservación de un pequeño planeta*, México, FCE, 1972.

Con el empobrecimiento progresivo de los recursos y bienes disponibles, se está originando, como ya hemos visto, una ética del desabastecimiento, o mejor dicho, una ética de la penuria. La alternativa actual no es, pues, frente al consumismo, la renuncia, sino una nueva moral del deseo, del goce, del placer. Sí, aunque ahora puestos en los bienes que están al alcance de todos, en la vida sencilla: moral del hacer de la necesidad no sólo virtud, sino también *virtú*, es decir, cualidad estética no esteticista, sino puesta al alcance de todos. Esta nueva ética estética, según el estilo de vida postmoderno, de una nueva calidad, un nuevo sabor y un nuevo ritmo de vida, es hacia la que la humanidad debería dirigirse. En este plano es importante el concepto, precisamente no elitista, de élite, entendida como vanguardia de la masa, a la que con su estilo de vida mueve tras de sí. La creación interclasista de una nueva élite que venga a reemplazar a las anteriores, es la condición sociológica de esta generalizada forma de vida y moral paradójica, a la vez gozadora y ascética, que se discipline en el arte de extraer placer de las cosas sencillas. Desde esta perspectiva el ecologismo se nos presenta como el defensor de un modelo de organización social plenamente descentralizado, para que cada colectivo o comunidad pueda asegurarse el control de su propia producción y de sus necesidades. De esta forma se pueden establecer, de forma autónoma y autogestionada, la racionalización de las acciones productivas, lográndose concentraciones humanas más pequeñas, autogestionadas en todos sus órdenes, haciéndose posible la idea relativa a una felicidad, centrada, no tanto en la abundancia, cuanto en la libertad, la autonomía y la solidaridad.³⁵

Al ecologismo de le debe considerar, no tanto como una reacción en contra de la modernidad, sino como una radicalización de ésta, no como una negación de los adelantos técnicos, sino como un cuestionamiento del modelo de progreso y una propuesta de reorientación de nuestra relación con la naturaleza y con nosotros mismos que asegure la calidad de vida en el futuro. Un aspecto imprescindible del ecologismo en la escuela es el fomento de la participación de los diferentes sectores educativos en las contestaciones globales al actual modelo de progreso. El desarrollo de la educación ambiental no pasa, como tampoco puede pasar en la educación moral, por la introducción de la ecología como materia o por la potenciación de los contenidos ecológicos dentro de la ciencia tradicionalmente asentadas en el currículum, sino por incorporar en todo el currículum cuestiones relativas al medio ambiente en todas sus dimensiones y que permita, por una parte, tomar conciencia de que la tierra es un sistema y que es responsabilidad de todos su conservación, que es responsabilidad de todos adoptar una actitud crítica de contestación global en todos los sentidos; y por otra, recuperar el gusto ético y estético por un consumo cualitativo. La escuela es un espacio ideal para potenciar estas dos ideas que nos sugiere Aranguren.

Sin embargo, en consonancia con lo que nos decía Aranguren sobre la neotecnología y el ecologismo como estrategias del poder para seguir perpetuando la producción y el consumo, es preciso hacer notar que, en realidad, los planteamientos que se están desarrollando actualmente en la escuela, más que una propuesta de educación ecológica, lo son de carácter conservacionista o ambientalista.³⁶ Se diferencian del

³⁵ *Conversaciones con...*, op. cit., pp. 466 a 476. Ver también SCHUMACHER, E.F., *Lo pequeño es hermoso*, Madrid, Blume, 1979.

³⁶ El ambientalismo ha sido propiciado por los propios estados y gobiernos contaminantes, así como por las instituciones políticas mundiales al ir tomando conciencia de la preocupante situación en que se encontraba el planeta, vistos los informes que estos mismos organismos, fundaciones o comisiones iban realizando. El programa

ecologismo, fundamentalmente, porque no contemplan las transformaciones sociales, políticas y económicas que se derivarían de la postura ecologista. El ambientalismo no es, por tanto, una ideología global ya que se preocupa por racionalizar y mejorar las acciones del hombre sobre la naturaleza a fin de lograr su conservación e incluso su mejora y regeneración. El ambientalismo, en principio, no plantea un discurso político ni económico propio, centrándose básicamente en la transformación de las actitudes y de los hábitos y, en general, en la regulación de las relaciones hombre-naturaleza, por lo que pretende ser compatible con los regímenes políticos de cualquier índole, independientemente de que su práctica pueda ocasionar algunos ajustes o transformaciones que, sin embargo, no erosionan el sistema implicado. El ambientalismo, por lo tanto, es una propuesta centrada exclusivamente en favorecer al medio ambiente. Una educación que realmente fuera ecológica, que parece ser lo que nos sugiere Aranguren, supondría necesariamente, una verdadera revolución cultural que los estados no están muy dispuestos a llevar a la práctica.

Aranguren reclama la revolución cultural frente a los excesos de una civilización tecnológica que amenaza con destruir el equilibrio ecológico, y, por de pronto, daña gravemente la naturaleza y contamina el ambiente. La revolución cultural supone nada menos que un cambio total de nuestra actitud con respecto a la cultura, las instituciones culturales y con la naturaleza y su concepción típicamente factorial, como inmensa cantera, inagotable depósito de materias primas, que está ahí, bajo nuestro dominio, para su explotación y nada más. La revolución cultural es una gran tarea, se trata de luchar en el frente que sea posible y que, en el fondo, es indivisible, pues una plena democratización cultural exigirá, envolvería las otras dos. Y una situación como la actual, de profunda crisis cultural, está instando apremiantemente al cambio en esta dirección. Una educación ecológica, tal como nos reclama Aranguren, sería aquella que mediante una adecuada información y formación aplicaría los esquemas de la filosofía ecologista, a fin de lograr personas suficientemente formadas para vivir y organizarse de acuerdo con los esquemas propuestos y que fueran capaces de cumplimentar todos los requisitos actitudinales en relación con el medio ambiente.

De hecho podemos asegurar que la propuesta arangureniana, aunque en sí misma conlleva una idea de revolución cultural importante, en la práctica, supongo que por la visión clara de que tal revolución no es factible en la actualidad, opta por planteamientos más ambientalistas que ecológicos. Así por ejemplo, la dimensión humanista del ambientalismo puede encajar perfectamente con la idea del nuevo humanismo que nos propone Aranguren, ya que acepta una comprensión del medio ambiente en tanto que conformado por dos realidades en perpetua interacción, la humana y la natural, integrando con ello el sentido ético y solidario del ecologismo. Por otra parte, al igual que Aranguren, contempla la posibilidad del desarrollo mediante la utilización de los valores económicos que la naturaleza encierra, si bien introduce la racionalidad y el equilibrio en este uso a fin de lograr un desarrollo que satisfaga las necesidades de la generación presente sin

UNESCO-PNUMA (Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente), ha dado lugar a un sinfín de experiencias y publicaciones que han servido de orientación y de paradigma en la construcción de la educación ambiental, acción pedagógica de corte ecologista más aceptada. Por educación ambiental se entiende toda aquella acción educativa que tenga por objeto favorecer al medio ambiente. Se trata de una educación del hombre para que éste pueda arbitrar un comportamiento ético con el medio que si se concibe en su vertiente naturalista, aportará hábitos y actitudes en pro de la conservación, protección y regeneración de la naturaleza, y que orientado en sus planteamientos más sociales presupone la práctica de las virtudes internacionalistas de la ayuda y la solidaridad, a fin de solventar los problemas acuciantes del tercer mundo.

comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades. El ambientalismo acepta la naturaleza como fuente de valor económico siempre que con ello no se rompa el equilibrio y no se superen los niveles de presión que pongan en peligro su conservación, tal y como nos propone Aranguren.